

SOY CHICANO

UN joven chicano de veintiocho años, oriundo del Valle de Salinas, me contó dos anécdotas sobre la discriminación de los descendientes de mexicanos en los Estados Unidos.

Antes de ir a la escuela sabía leer y escribir el español. Lo primero que aprendió en el aula fueron los castigos corporales del maestro para que no hablara en su lengua materna. Le explicaron que los mexicanos son desaseados, borrachos y de escasos valores morales, porque viven hacinados y en promiscuidad.

Por el color de su piel, porque no tienen depurado acento inglés, porque aún conservan las tradiciones familiares de sus abuelos, se les impide trabajar o relacionarse en el trabajo con el hombre blanco.

Al padre le dejaron sin empleo—dependiente en su supermercado— porque una mujer blanca se negó a ser atendida por un mexicano.

Esta situación no es aislada en el Estado de California. Sucede en todos los lugares del territorio norteamericano en que se encuentre un chicano. Para ellos, empero, la palabra no ofende: su orgullo es ser reconocido como chicano.

La población chicana en los Estados Unidos asciende a unos 15 millones en los Estados de California, Texas, Colorado, Nuevo México y Arizona.

Aproximadamente un millón de ellos viven en los Estados del llamado Medio Oeste (Chicago, Washington y Detroit). En el resto del territorio, la población chicana es fluctuante: viajan en época de cosecha y después regresan a la región sureña de los Estados Unidos, área de su mayor concentración.

Excepto en Chicago y Detroit, donde se emplean en las grandes empresas de la industria automotriz, los chicanos son básicamente obreros agrícolas. Laboran en las plantaciones de frutales y demás productos del agro, principalmente en el Estado de California, que suministra la mayor parte de los alimentos a todo el país.

Los chicanos trabajan en las ciudades del Suroeste de los Estados Unidos como obreros no calificados, meseros de bares, empleados de limpieza, sirvientes, etcétera. Viven en barrios pobres (distritos como el de la Misión, en la ciudad de Los Angeles, California) y en las zonas marginales.

Las regiones agrícolas donde existe mayor concentración de población chicana son Fresno (en el Valle de Salinas) y Baker Field (en el Valle de San Joaquín), Estado de California, que son precisamente las tierras más fértiles.

Los propietarios de la tierra en el Valle de Salinas, de procedencia suiza e italiana, son grandes terratenientes individuales. En el Valle de San Joaquín, los principales propietarios son el Bank of America y el consorcio petrolero Standard Oil, que integran con otros monopolios el llamado «agronegocio».

La tierra conquistada

Las tierras de los Estados ya mencionados, más el territorio que ac-

CHICANO.—Deformación, en inglés, del gentilicio «mexicano». Usado por los primeros norteamericanos que invadieron los territorios de México en el siglo pasado. Definición peyorativa en los Estados Unidos para los descendientes de mexicanos que actualmente residen en las tierras despojadas a sus antepasados.

tualmente ocupan los Estados de Utah, Nevada y Wyoming, pertenecieron en el siglo pasado a la actual República de México, antes de la intervención militar de Estados Unidos en ese país en 1846.

El tratado Guadalupe-Hidalgo, firmado en 1848, puso fin a la intervención norteamericana al precio de la pérdida de la mitad del territorio mexicano. A ambos lados de la nueva frontera quedó población mexicana, campesinos en su mayoría, propietarios de la tierra que trabajaban.

La nueva demarcación no limitó

el flujo de población, que al Norte del río Bravo se consideró inmigrante. La gente que quedó al Sur de la frontera no interrumpió su habitual migración por el (en otros tiempos) territorio nacional. Las dificultades comenzaron después, en 1926, con el establecimiento de la patrulla fronteriza norteamericana.

Los campesinos fueron despojados de sus tierras poco después de la autoagresión de Texas, y arrojados a zonas semidesérticas que impedían incluso la agricultura de subsistencia. El nuevo «landlord» norteamericano ocupó valles fértiles y

comenzó el desarrollo capitalista de la agricultura.

La población mexicana ubicada en ese extenso territorio se incorporó al mosaico étnico oprimido de los Estados Unidos como obrero agrícola, por un escaso jornal, o incrementó la masa de desempleados.

La lucha por la tierra

El reclamo de tierras se inició en los años sesenta de este siglo, cuando se desarrolló un fuerte movimiento reivindicativo en demanda





César Chávez.

SOY CHICANO

que asaltaron el «campus» universitario.

También en el San Fernando Valley State College (en el Sur de California) se produjo un movimiento similar.

Los estudiantes de Berkeley no ganaron la huelga, pero los de las otras dos Universidades obtuvieron del Gobierno estatal una legislación que accedía a sus demandas.

Al efecto, comisiones integradas por estudiantes y profesores de cada Universidad se reunieron para elaborar los programas de estudio. Al frente de los departamentos se colocaron personas designadas por la dirección universitaria.

Actualmente, en las Universidades del Estado de California existen cerca de 95 departamentos de estudios chicanos, subsidiados por el «Programa de Guerra Contra la Pobreza», que propugna el Gobierno federal y que se inició durante el período presidencial de John F. Kennedy.

Estos programas también contemplan estudios sobre problemas latinoamericanos o de la población negra norteamericana. Cada uno tiene su plan específico, pero todos son originados en la misma táctica de apaciguar los descontentos en Estados Unidos y a largo plazo desmembrar los focos más violentos o los más «peligrosos».

Los programas de estudio para las minorías étnicas (de las cuales el dedicado a los mexicano-norteamericanos no es excepción) tienden a postergar para futuros momentos la radicalización de estas minorías y a dispersar su atención sobre problemas comunes, en tanto que son discriminados y segregados económica, política y socialmente por el sistema.

De hecho, los hijos de mexicanos nacidos en los Estados Unidos están lejos de sostener la tradición cultural de sus padres y abuelos. Se desarrollan dentro de la propia sociedad norteamericana, que conspira contra estas costumbres, y quedan indirectamente incorporados al sistema social del imperialismo que les absorbe.

Los padres son inmigrantes dispersos que sucumben al «american way of life». Sus hijos, en la mayoría de los casos, no hablan correctamente el español y tienen que enfrentarse además una sociedad que les acoge en su seno con el signo de la discriminación.

El movimiento chicano, disperso al igual que los demás núcleos radicales de Estados Unidos, ha dado pasos, sin embargo, en las diversas áreas del país donde se desarrolla.

En este sentido, las manifestaciones antibelicistas del «Chicano Moratorium», realizadas en noviembre de 1969 en San Francisco y Washington, y el movimiento de protesta originado en California en torno al caso de los hermanos Soledad, encamina al movimiento chicano a lograr la unidad con métodos de lucha más perfeccionados para la obtención de sus legítimas demandas.

■ ANA L. DIAZ CHAMIZO.

(Sobre este tema véase TRIUNFO número 471: «Los chicanos: César Chávez, un Gandhi para California», por Juan Ramón de la Cruz, y «La no violencia sin acción no cuenta», por C. Barrios Martínez.)

de mejores salarios, seguridad social, asistencia médica y acceso a niveles superiores de enseñanza.

De todas ellas, la demanda por la vuelta a la tierra era la más relevante. El movimiento aglutinó a los chicanos que vivían en el campo y a los que la hacían en las ciudades.

Una de las agrupaciones más destacadas fue el movimiento de la Alianza Federal de las Mercedes (que luego se transformó en Alianza Federal de los Pueblos Libres), organizado por Reyes Lopes Tijerina en 1966.

Fue un amplio movimiento de masas de obreros agrícolas que derivó en ocupación de parcelas en la zona de Tierra Amarilla (Nuevo México), donde se organizó un régimen cooperativo con ayuda de los trabajadores chicanos de esa comunidad.

Otro importante movimiento fue el de la «huelga de la uva», iniciado en 1964 por el dirigente chicano César Chávez, quien organizó en Delano (Valle de San Joaquín) el Sindicato de Trabajadores Agrícolas (UFWOC).

El movimiento huelguístico duró hasta agosto del presente año, y aunque el total de las demandas no fue satisfecho, sus líderes la calificaron de exitosa por los resultados políticos que arrojó, principalmente porque obtuvo una mayor cohesión de las masas trabajadoras chicanas.

Los estudiantes y la ideología

En este marco se puede explicar el origen del movimiento estudiantil chicano, nacido al calor de las movilizaciones en demandas de tierras y de la lucha por los derechos civiles que se originaron en el Sur de los Estados Unidos al final de la década del cincuenta.

A fines de 1968, estudiantes universitarios chicanos, negros y asiáticos, formaron un frente común para exigir la admisión ilimitada a las Universidades de estudiantes pertenecientes a las minorías étnicas que residen en Estados Unidos.

Exigían también el establecimiento de departamentos de estudios (historia, arte, psicología, etcétera) sobre las minorías norteamericanas. Así concibieron el Chicano Studies Department. Reclamaban asimismo asistencia económica (becas) para estos estudiantes.

A finales de 1968 y principios de 1969 comenzó en el Estado de California la «huelga del Tercer Mundo» en el San Francisco State College.

El movimiento huelguístico se extendió por esos mismos días a la Universidad de Berkeley y fue violentamente reprimido por las tropas,

La Capilla siXtina

ESCUELA DE PERIODISTAS

Estos días tengo la atención muy llamada por las noticias abundantes sobre la formación de periodistas. Al señor Blanco Tobío acaban de nombrarle director de la Escuela Oficial de Periodismo, título y cargo agónicos donde los haya. El señor Muñoz Alonso ha puesto la primera palabra en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Madrid. Y el corresponsal de «Tele-Exprés» en Madrid, Ramón Pi, ha escrito que el título del tema inicial de la Facultad de Ciencias de la Información le recordaba aquellos tiempos de las Escuelas de Periodismo de la Rambla de Santa Mónica, de Barcelona, y de la calle Zurbano, de Madrid. El título es muy bonito. Muy «camp», como diría, si le dejaran, Martín Ferrand: «Periodistas, a formar».

Al igual que Ramón Pi, este título también me ha evocado aquellos tiempos de la calle Zurbano, cuando la Escuela Oficial de Periodismo habitaba un chalet bien y tenía como principal personaje a la secretaria señorita Raquel, a un bedel fotógrafo, a su niña muy pequeña y muy resalada y a Tico Medina y Federico Gallo cuando venían a examinarse en junio, ya en pleno ejercicio de su magisterio profesional. Otros personajes de la Escuela eran, naturalmente, los profesores. Los que venían y los que no venían. Los que venían poco y los que venían demasiado. He recordado la humanidad y la inteligencia dúctil de Emiliano Aguado; el escepticismo erudito de José Altabella, que tenía rostro y maneras de secretario privado de Sagasta, pero sobreviviendo en tiempos de Narváez. Y hablando de liberales hace ya algunos días recordé al profesor Patricio González de Canales, uno de los que demostraban más sentido del humor, amplitud de miras y «liberalismo» intestinal y mental. En cambio sorprendí su nombre en la lista de comensales de un inquietante banquete, y algo no encajaba entre la inquietud que me provocaba el banquete y la tranquilidad que me provocaba la evocación de González de Canales.

Dejando ya a un lado a los «liberales» (en el sentido no político-económico-doctrinal del tér-

mino), la referencia de Ramón Pi también me ha recordado a don Pedro Gómez Aparicio, un erudito muy sorprendente en sus juicios: por ejemplo su calificación del catalán como «dialecto lemosino», sus consideraciones sobre el peligroso izquierdismo de Paz Estensoro o la china que pilló porque un alumno opuso tibios reparos a sus ataques a Fidel Castro. También recuerdo lo que le costó a aquel alumno aprobar la asignatura de don Pedro Gómez Aparicio, profesor estricto que nunca puso un suspenso de más ni de menos, académica e históricamente hablando.

Era una Escuela tan encantadora que a pesar de que nos metíamos en la década de los años sesenta, a uno le daba la impresión de vivir, ¡oh exquisito milagro!, la reencarnación de cualquier fase última conservadora del reinado de Isabel II, tan presente Donoso Cortés en el alma de nuestros mentores, tan aplastante Menéndez y Pelayo, como un armario integrista desplomado, día a día, sobre nuestras torvas cabezas de hijos del siglo.

Y también recuerdo las contadas ocasiones en las que el señor Muñoz Alonso, director de la Escuela, nos dirigió su verbo, pues a este término hay que recurrir más que al de palabra para abarcar toda la profundidad del decir estilístico y estilístico del profesor de Filosofía. El título de esa lección que ha dado origen a la nueva Facultad de Ciencias de la Información me ha recordado mucho a Muñoz Alonso; no en balde está detrás del título, detrás de la Facultad, como entonces estuvo detrás de aquella encantadora y encantada escuela isabelina.

Y he recordado también a compañeros de promoción, como Miguel Angel Gozalo, subdirector en peligro del diario «Madrid», y a algunos compañeros llegados de Cataluña obligatoriamente para cursar el tercer año, con su «dialecto lemosino» a cuestas y su nostalgia por el pan con tomate, que en vano pedían en el bocado bar próximo a la Escuela. De entonces ahora, lo único que ha cambiado es la noticia e incluso aceptación que el pan con tomate empieza a tener en Madrid.

SIXTO CAMARA